

UNA VECINA

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

—Te decía, pues, que yo había pasado á ocupar una pequeña habitación de la calle Nueva de los Trinitarios.

—Esto es.

—¿No te he dado otros pormenores?

—No; se te ocurrió un recuerdo y te enfrascaste en la historia de la señora de Harnebey.

—Pues has de saber que cuando alquilé dicha habitación, la tristeza me devoraba. Recién me levantaba de una enfermedad y me temí misántropo. Había roto con las mujeres y ni siquiera quería oír hablar de ellas.

Contra la costumbre de los jóvenes todos de mi edad, me recogía muy temprano y me entregaba á la lectura; y cuando mi portero, pues en aquella época no me daba el lujo de otro criado, venía por la mañana á encender el fuego de mi chimenea, no le hablaba palabra ni le preguntaba absolutamente nada respecto de los vecinos de la escalera; lo cual admiraba tanto más al buen sujeto, cuanto con frecuencia me había encontrado yo, en su habitación, por la noche, al entrar á recoger mi palmatoria, con una vecina muy guapa que vivía en el rellano mismo de mi morada.

A pesar de mi resolución de conservarme en el celibato, no había dejado de llamarme la atención la mencionada vecina, pues á la edad que yo tenía, por gastado que creamos tener el corazón, la vista de una

mujer joven y hermosa enciende en él una chispa que en ocasiones vuelve á inflamarle por entero.

Como te decía, pues, al recogerme por la noche me encontré repetidas veces con la indicada vecina; y como la escalera de la casa era muy angosta, ella pasaba delante y echaba hacia arriba con la lentitud de mujer que sabe que tiene que subir cinco pisos.

Yo, que iba detrás de ella, veía un pie elegantemente calzado y una pierna labrada á torno... No sé si á ti te pasa lo que á mí; pero, á mis ojos, un pie chico, un tobillo delgado que promete no continuar siéndolo hasta la rodilla, y unas medias perfectamente blancas que se escondan en botines bien hechos, constituyen el principal atractivo de una mujer.

Mi vecina se encontraba en este caso; pero como yo permanecía firme en mi propósito, algunas veces le había dicho, al llegar al piso primero:

—Dispense V., señora.

Que significaba:

—Hágame V. el favor de dejarme pasar.

Y después de saludarla, me subía los cuatro pisos que me faltaban subir y entraba en mi casa, al cerrar la puerta de la cual oía como aquélla llegaba á la suya, abría á su vez, luego cerraba, y *pax vobis*.

Sin embargo, había días que yo no pasaba delante de mi vecina, en que me absorbía la contemplación de sus piecitos, que por turno desaparecían en el pedazo superior para reaparecer con un ligero crujido de seda; de modo que, al llegar á nuestro piso quinto, nos encontrábamos con que los dos abríamos y cerrábamos la puerta á un mismo tiempo. De esta coincidencia se había originado que yo, al descuido, dirigiera la mirada á la habitación de aquélla, cuyas piezas todas se dominaban, como suele decirse, y notara que, sobre estar bastante bien alhajada, nada había en ella que recordase á la mujer mundana.

Entre paréntesis, tres cosas existen por las cuales se descubre á una cortesana: la voz, el traje y la ha-

bitación; y como para mí era cosa averiguada que mi vecina no pertenecía á semejante clase, de aquí que sus piecitos fuesen más peligrosos.

Como es natural que, habiendo yo, si bien rápidamente, examinado la habitación, me hubiese fijado en su semblante, voy á describírtelo en cuatro palabras. Alta y de cutis pálido, cualidades que á mis ojos en nada la desmerecían, me hacía el efecto, y permítame una comparación tal vez extraña, de esas largas y estrechas botellas de vino de Rhin que en su seno encierran un licor riquísimo, mientras las botellas gruesas y de ancha base, de amplio contorno, insolentes en su conjunto y á las cuales apellidamos litros, no contienen sino un vino execrable. Demás, yo estaba convencido de que aquella delgadez de rostro no continuaba en el resto del cuerpo. El pecho no lo tenía abultado, ni gruesos los brazos, esto lo veía perfectamente, pero cuando, en vez de empezar á estudiar á aquella mujer por la cabeza, la examinaba empezando por los pies, en la firmeza de su andar y en lo torneado de su pierna al arranque del tobillo, veía lo contrario de lo que hacía prejuzgar el extremo superior; en una palabra, si mi vecina estaba delgada desde la cabeza hasta la cintura, desde los pies hasta las caderas era indudablemente modelo de perfecciones.

¡Ah, amigo mío! me has exigido que te contara mi segunda historia, y te la relato con todas las menudencias de mis impresiones; á bien que vas á necesitar de ellas cuando la escribas, ya que es la historia, no de una pasión, sino de un capricho.

A mí me gustan bastante las mujeres por el estilo de mi vecina, continuó Manuel; no soy como esos zopencos que dicen: á mí sólo me agradan las morenas, ó me pirro únicamente por las rubias; yo no quiero á ninguna, pero me siento dispuesto á quererlas á todas. Si me preguntasen mi parecer, respondería, prescindiendo del ente moral, no conocido

de muchos en asuntos amorosos, que si las mujeres gordas sirven para el goce, las delgadas son á propósito para el deleite.

En efecto, nada detiene, templa ni disminuye las sensaciones de estas últimas; no conocen la lentitud ni la indolencia, ni sienten á medias. Ya yo supongo que todas las mujeres sustentan el mismo fuego; pero así como basta tocar á las unas para que nos impresione su calor, á otras hay que removerlas para descubrirlo.

De lo dicho deducirás fácilmente que otro en mi lugar hubiera hallado un tesoro en mi vecina, ya que era indudable que en ella se encerraban, por un lado la delgadez, y por otro la gordura. Por desgracia, empero, yo había hecho un voto y no quería faltar á él; demás que, si bien ella me gustaba á mí, nada me demostraba que yo le agradase á ella, y no estaba dispuesto á enamorar largo tiempo á una mujer indiferente.

Mi vecina tenía la dentadura magnífica, los labios rojos cual sangre, lo que probaba que estaba pálida y delgada por complexión, no por abuso; los ojos, negros y sombrados por largas pestañas, recta la nariz y el porte distinguido.

Corría el invierno.

La mujer aquella llevaba unas veces sombrero de fieltro y otras sombrero de terciopelo negro, abrigo de paño oscuro, vestido de seda, oscuro también, y manguito, ó si decimos cuanto es menester para vestir bien y cómodamente, aunque sin ostentar objeto alguno para llamar la atención. Alhajas, no brillaba ni una encima de ella. Ahí todo lo que yo viera y sabía.

Entregado todavía por completo al recuerdo de lo que acababa de acontecerme con la señora de Harnebey, sólo pensaba en mi vecina cuando la encontraba, y, sin embargo, tal era la costumbre que yo contrajera de toparme con ella, que los días que no la veía experimentaba cierta extrañeza é involuntariamente vol-

vía los ojos hacia la puerta de su habitación al ir á entrar en la mía.

En esto se me fué la misantropía, que por cierto duró poco, y paulatinamente había de nuevo ido frecuentando el trato de mis antiguos compañeros, los cuales, al verme curado del mal de amor, cesaron de darme consejos y contribuyeron á distraerme de mis recuerdos.

Unas veces me iba á cenar á casa de ellos y otras ellos se venían á la mía; y como de no ser con el objeto de reír sería inútil que se congregasen muchos para cenar, reíamos grandemente.

Mis amigos, ya que es menester darles este nombre, á quienes, por otra parte, no asistía razón alguna para estar tristes, cantaban, gritaban y movían tal alboroto, que yo, siendo como era un inquilino muy pacífico y hasta entonces reputado por tal, algunas veces me veía en la necesidad de despedirlos para que el casero no obrase de igual suerte conmigo.

En fin, como la amistad había recobrado sus derechos sobre mí, empezaba á desbaratarme; mas, por lo que hace al amor, seguía manteniéndolo á raya.

De lo expuesto resultó que, recogíendome muy tarde de cuando en cuando, dejé de ver con frecuencia á mi vecina, á quien habían encontrado alguna vez en la escalera mis amigos.

—¿Quién es esa mujer que vive en el rellano mismo que tú? me habían preguntado éstos.

—No la conozco.

—¿Cómo! ¿tú no la conoces?

—Sólo de vista.

—¿Qué guasal ¿en tu casa, en el rellano mismo que tú, vive una mujer de rechupete y no trabas relaciones con ella?

—¿Para qué?

—¿Hombre! ¿para qué se anudan amistades con las mujeres jóvenes y bonitas? Y eso que no tienes sino alargar la mano

—Pues precisamente por esto no quiero trabar conocimiento con ella, respondí yo para ocultar la verdadera causa, no de mi desdén, sino de mi indiferencia.

—Si no te explicas más claro...

—Es muy sencillo. De trabar relaciones con ella, la enamoraría, originándose de ello que me daría calabazas ó me prestaría oídos.

—Naturalmente.

—De darme calabazas, me hallaría en la ridícula posición de un vecino despreciado y objeto de mofa, y, de aceptarme, la posición en que me vería colocado sería peor.

—¿Cómo se compaginan tales extremos?

—Pues es muy claro: desde el día que yo fuese su amante nos pasaríamos las horas uno en casa del otro; de lo que se sigue que no solamente no podría yo recibir ni visitar á otra mujer alguna, sino que me vería obligado, para vivir en paz, á no admitir á aquellos amigos míos que fuesen del desagrado de mi amante. Demás, el día que esa mujer dejase de gustarme, ó hubiese yo contraído amistades con otra, para escapar de sus celos y de los lloriqueos en que las mujeres son maestras, pese á no estar enamoradas de quien las deja, me hallaría en la imprescindible necesidad de dejar esta casa; y sobre que esto no me trae cuenta, nada me carga como cambiar de habitación.

—Has hablado como un libro; pero las razones que acabas de exponer, buenas para ti, no rezan con nosotros, y gracias á ti somos dueños de obrar sin que debamos temer las consecuencias.

—Como gustéis; pero se me antoja que nada vais á conseguir, pues la mujer esa parece muy pacífica, y según la batahola que estáis moviendo, debe de estar convencida de que no se compagina con el suyo vuestro carácter, y aun tomaros por un hato de muchachos desenvueltos.

El sentimiento que inspiraba mis palabras era natural y extraño, á un mismo tiempo. Yo no conocía aquella mujer, ni la quería ni la deseaba; con todo, hubiera sentido vivamente que uno de mis amigos hubiese llegado á ser su amante, hasta el extremo que si en alguno de ellos hubiese yo conocido la intención firme de llegar á serlo, no veinticuatro horas después me las hubiera compuesto para ganarle por la mano.

—Á ver cómo explica V. el fenómeno, señor literato, me dijo Manuel sonriendo.

—Prosigue, es más sencillo.

—Como te decía, continuó mi amigo, aconteció que más de una vez me recogí á hora bastante avanzada de la noche; y como el tío Juan, mi portero, durmiese, aun cuando las luces de la escalera estaban apagadas, no quería despertarle, y me subía á oscuras y á tienta.

Una madrugada, á cosa de las dos, al tocar el último peldaño de mi quinto piso, puse el pie en vago y rodé tres ó cuatro escalones.

Ya sabes qué gresca se arma cuando nos caemos en una escalera.

Levantéme y empecé á subir de nuevo, cuando oí que se abría la puerta de mi vecina y vi aparecer á ésta con una vela en la mano.

—¿Se ha lastimado V., caballero? me preguntó aquélla, mientras al través del interés que por mí parecía tomarse distinguía yo esa sonrisa que indefectiblemente provoca, sobre todo en los labios de una mujer, la vista de un individuo sorprendido en posición ridícula.

—No, señora; gracias, la respondí levantándome.

—¿No trae V. vela? repuso mi vecina.

—Ya lo ve V., dije sonriendo también al considerar la situación en la cual estábamos trabando conocimiento.

—Pues tome V. esta. ¡No faltaría sino que se cayese

usted otra vez! repuso aquélla esforzándose por tragar la risa de que tenía llena la boca.

—Gracias, señora; le estoy á V. sumamente agradecido; pero me basta con encender un papel.

Al decir esto saqué uno de mi bolsillo, lo retorció, le di fuego en la llama de la vela, y luego saludé á mi vecina, que me respondió con una graciosa inclinación de cabeza y se metió otra vez en su casa.

Mientras sostenía yo con una mano mi antorcha y con la otra metía la llave en la cerradura, parecióme oír voces en la habitación de la señora, por lo que presté oído atento.

—Es el caballero del rellano que se ha caído en la escalera, decía mi vecina; frase á que siguieron dos carcajadas, una dada por voz de soprano y la otra por voz de barítono.

Era la primera vez que yo advirtiera la presencia de un hombre en casa de mi vecina.

—¡Tomal ¡tomal dije entre mí mientras me acostaba y tomaba un libro para leer un rato.

Poco á poco, empero, la cabeza se me inclinó sobre la almohada, solté el libro y me puse á pensar en la señora de Harnebey. Aquella noche había yo asistido á una tertulia de jovencuelos donde reinara el mayor alboroto, y ahora que me encontraba en medio del más profundo silencio me preguntaba en qué podía estar ocupada, en hora semejante, aquella mujer á quien hiciera yo tan desgraciada y ella á mí me sumergiera en tanta tristeza.

Mientras de esta suerte divagaba mi imaginación, oí abrir y cerrar casi al mismo tiempo la puerta de mi vecina.

—De fijo, dije entre mí, se va la voz de barítono.

Luego el silencio y mis pensamientos anudaron su curso.

Para dar forma á mis recuerdos, no hallé entonces nada más á propósito que leer de nuevo la última carta de la señora de Harnebey; pero en vano la bus-

qué en el bolsillo de mi levita, donde la llevaba siempre: la había perdido.

Como era natural, sospeché que la carta debía haberme caído en la escalera en el instante en que saqué el papel que me sirvió de vela; así, pues, me calcé mis zapatillas y me puse los pantalones, y tomando una bujía encendida me salí á la escalera en busca de aquélla; pero, no hallando nada en el sitio donde yo me cayera y suponiendo que la carta podía haber pasado al través de los barrotes de la barandilla, bajé los cinco pisos buscando de peldaño en peldaño. Todo fué infructuoso.

Entonces me subí otra vez á casa, sumamente contrariado, porque aquella carta que se me cayera del bolsillo, todavía envuelta en su sobre, no podía haberla perdido sino donde me había quitado la levita, ó donde me la desabrochara para sacar algo de ella. Así, pues, debían haberla encontrado mis amigos ó el sujeto que acababa de salir de casa de mi vecina; con lo que al pesar que sentía de haberla perdido se añadía el enojo de que pudiesen haber dado con ella cualesquiera de los que yo suponía.

La carta de una amante que cree que lo que ella escribe no va á leerlo sino el objeto de su amor, está cuajada de palabras aceptadas por los dos, llenas de hechizo para uno y otro, pero excesivamente ridículas para el indiferente á quien el acaso pone aquélla en las manos, aun cuando éste lleve en el bolsillo una carta de su amante, parecida á la que ha encontrado; que todas las cartas amorosas están vaciadas poco más ó menos en el mismo molde.

Cuando el sobre de un escrito semejante no lleva el nombre de la persona á quien va dirigido, poco le importa á ésta, ó más bien le importa menos que una mano extraña haya dado con él; pero cuando al perdidioso le consta que van á saber que es él el que lo ha inspirado; cuando sabe que á los ojos del que le ha conocido y no anhela sino reírsele á las barbas

va á asumir la posición inverosímil y tonta de *hombre amado*, se pone furioso de haber perdido la carta, y recuerda una á una sus palabras, y aun comprende cuánto le divertiría á él mismo encontrar alguna parecida dirigida á otro.

Por lo que á mí respecta, era todavía peor, pues la carta que recién perdiera no era una carta de amor como suelen ser todas, sino reflejo de los últimos recuerdos de una intimidad rota, el último ay de un amor deshecho; era una de esas cartas en las cuales se desahoga sin reservas el corazón de una mujer, parecidas á esos vasos preciosos y frágiles llenos de incienso y perfumes que se rompen en las torpes manos que los tocan.

Al imaginar que el amor de aquella pobre mujer, de cuyo dolor era yo el artífice; que todas sus impresiones, en fin, que tan ingenuamente me confiara en la carta que acababa de perder, iban á ser parodiados por unos cuantos locos incapaces de comprenderlas, ó por mi vecina y su amante, que no se mirarian en mostrarla á uno y á otro, no creyendo susceptible de ser amado el hombre que tan sin ton ni son rodaba por las escaleras, se me venian las lágrimas á los ojos.

Y aquí, continuó Manuel, encaja una observación que nada nos impide que la hagamos, ya que tú y yo nos encontramos solos en esta pieza. Supongamos que en día de lluvia y lodos, un hombre pasa corriendo por tu lado, resbala, da de bruces en medio del arroyo y se pone manos y cara que no hay por donde cogerlo; si tú le vieses levantarse luego y echar á correr, en medio de las risotadas de los pilletes, tras su sombrero arrebatado por el viento, y en aquel instante te dijese que una mujer joven y hermosa adora á aquel hombre, no querrias creerlo, y ¿quién sabe si su amada, de encontrarse en tu lugar y ver al objeto de sus pensamientos en semejante posición, creería que aquél es realmente el hombre á quien ama!

Cuando el ridículo nos cubre á los ojos de todos y en plena luz, nos llega al corazón y nos lo desgarrá.

Me subía yo, pues, á mi casa continuando mis pesquisas, mientras me hacía muy sucintamente las reflexiones que hoy te especifico, sin que obtuviese resultado alguno satisfactorio ni me proporcionasen consuelo mis reflexiones, cuando, ya en mi habitación, y cerrado que hube la puerta, vi un papel en el suelo y me bajé para cogerlo: era la carta metida en un sobre. Todo me daba á suponer que yo la había perdido en aquel sitio, y que al salir precipitadamente para buscarla en la escalera había pasado casi pisándola sin haberla visto. Fuíme, pues, en derechura á la cama y me dispuse á abrirla; pero al ir á quitar el sobre hallé un obstáculo, advirtiendo entonces que, desde que se me extraviara, el sobre había sido nuevamente sellado.

Por un instante me creí estar soñando, y aun me froté los ojos para fijarme con más atención en el sello.

En vez del lacre negro que cerraba primeramente el sobre, habían puesto lacre encarnado, y en lugar de la inicial que ostentara el primer sello, había una A.

—¿Es esta A, me dije, la inicial del nombre de mi vecina ó del de su amante? En el primer caso, sería una chanza de mujer: en el segundo, una impertinencia, pero una impertinencia de que es incapaz un hombre bien educado, y ella no puede recibir sino á un hombre conforme. Aquí lo que habrá, imaginé después, es que mi vecina ha visto como se me caía la carta, y por curiosidad no me ha advertido; luego ha salido por ella cuando me ha visto dentro, y ha querido leerla con su cuyo, quien, lejos de aprobarla el propósito, le ha aconsejado que la echase por debajo de la puerta.

Pero entonces ¿por qué ha sustituido el antiguo sello con el suyo? ¿No valía más que hubiese echado por debajo de mi puerta la carta tal cual estaba? De

esta suerte yo habría creído, no que se me había extraviado fuera de casa, sino en mi habitación misma, y no se me hubiera acudido la sospecha de si la habían ó no leído, en tanto que en aquellas circunstancias me cabía la certeza de que ella estaba al cabo de su contenido.

—Como quiera que sea, dije para mí, la carta obra en mi poder, y si ellos pueden decir que soy un ente ridículo, á lo menos no están en potencia de probarlo.

Si mi vecina me hubiese escrito y colocado su carta bajo el mismo sobre que la otra, no sólo hubiera sido disculpable el segundo sello, sino necesario.

Aquí de mis reflexiones, rompí el sobre, pero no hallé sino mi carta; ni una palabra habían añadido.

Á medida que iba yo releyendo aquellos renglones trazados por la mano de la señora de Harnebey y que me henchían de encontrados sentimientos el corazón, parecíame estar viendo por encima del papel la burlesca cabeza de mi vecina.

Por fin, me dormí sin poder aclarar el enigma de lo que me estaba sucediendo, aunque decidido á sacar el agua limpia á la primera oportunidad y á la primera señal que de estar enterada de la carta diese la persona que la encontrara.

Al día siguiente, todavía estaba yo durmiendo cuando entró en mi cuarto el tío Juan.

—Tío Juan, le pregunté no bien hube abierto los ojos, ¿cómo se llama el caballero que anoche visitó á mi vecina?

—Federico, me respondió el portero.

—¿Y de apellido?

—No le conocemos sino por el nombre que le he dicho á V.

—Y mi vecina ¿cómo se llama?

—Agustina.

—Esto es, murmuré.

—¿Dice V. algo?

—No; gracias por la noticia.

—¡Vaya una mujer la señorita Agustina! repuso en son de elogio el tío Juan.

Por desgracia, yo no me encontraba dispuesto á dirigir más preguntas á mi portero; así es que, limitándome á las noticias que éste acababa de darme, le pedí mis botas, me las calcé y me salí.

En la escalera encontré á Agustina, la saludé como exigía el conocimiento que con ella tragara la víspera, contéstome con un *Buenos días* muy amable, y ambos nos detuvimos con la intención de ser interrogados los primeros respecto de la carta. Ni uno ni otro, empero, nos atrevimos á abordar el asunto.

Saludé por segunda vez á Agustina, que entró en la portería, y continué mi camino.

Así las cosas, encontré todavía varias veces á mi vecina, sin que ocurrieran más novedades en nuestras relaciones que el cambio amistoso de saludo.

Sin embargo, la acción de aquella mujer demostraba cierta curiosidad respecto de mí, curiosidad que, despertando de cuando en cuando la mía, hizo que al fin ocupase en ella parte de mi pensamiento.

Hastiado de una vida que no me proporcionaba consuelo alguno, de improviso resolví emprender un viaje á Italia. De esto debes acordarte perfectamente.

Advertí, pues, al tío Juan que me ponía en marcha dentro de cinco ó seis días, y además le dije que se apresurase á disponer cuanto me era necesario.

El día siguiente al en que yo comunicara mi proyecto al portero, y á cosa del mediodía, llamaron á mi puerta.

Fuí á abrir y me encontré de manos á boca con Agustina.

—Usted dispense, caballero, me dijo ésta; ¿incomodo?

—No, señora.

—¿Tiene V. fuego en casa?

—Sí, señora.

—¿Me permite V. que me caliente? Los fumistas están en casa y se ha apoderado de mí el frío.

—Pase V. adelante, señora, la dije conduciéndola á mi saloncito, que estaba amueblado con bastante elegancia.

Era un modo de entrar en materia, si no original, inesperado.

—¡Ah! dijo Agustina fijando los ojos en los estantes, ¡qué bonitos sajones!

—Están á su disposición, señora, si le placen, la dije.

—Gracias, pero no ensalzo para que me ofrezcan, contestó Agustina; y bueno será que esté V. enterado de esta cualidad mía para que nunca deba temer mis visitas.

—Y yo, señora, repuse, jamás ofrezco para que no acepten. Rompa V., pues, hoy con sus costumbres aceptando; en lo venidero yo prescindiré de las mías no ofreciendo.

Agustina se inclinó graciosamente, fué á tomar en el anaquel la figurita que despertara su admiración, y en contemplándola más atentamente, la colocó sobre la chimenea y se sentó en la alfombra, delante del fuego.

No obstante, aun cuando supuse que cuando tal hacía era porque le venía más de gusto, le indiqué una silla de brazos.

—Gracias, me contestó mi vecina; así me hallo más cómodamente.

Yo, que prefiero las sillas de brazos, me senté en una de ellas.

Entonces Agustina fijó en mí sus vivarachos y limpidos ojos, que no parecían sino los de una gacela, y me dijo:

—¿Le admira á V. que sin más ni más haya venido á verme?

—No me admira, me enamora, la respondí.

—¿Y eso, por qué?

—Porque es V. una mujer hechicera, y siempre es grato recibir la visita de una persona como V.

—No hace mucho tiempo que piensa así.

—¿Por qué me dice V. semejantes palabras? le pregunté á mi vez.

—Porque, si realmente le hubiese sido á V. agradable trabar conocimiento conmigo, algo hubiera puesto de su parte; pero, muy lejos de eso, desde que vive V. en esta casa ni siquiera ha demostrado que me veía.

—No me cabía la seguridad de que mis visitas hubiesen sido bien recibidas.

—Cuando vienen de un hombre digno, siempre son gratas.

Era de oír el tono hechicero con que aquella mujer daba sus lecciones.

—Y, aun admitiendo la seguridad de ser bien recibido, era menester la presentación previa, añadí.

—Era V. mi vecino, y como tal podía haberse presentado V. mismo. Por otra parte, no se pasaba día que no nos encontrásemos en la escalera, y, francamente, creo que mi presencia no es tan ingrata como eso. Demás, V. sabía que yo tenía un amante, lo cual le dispensaba de andarse con tantas consideraciones conmigo.

Era evidente que Agustina aguardaba mi contestación para juzgarme.

—Ante todo, señora, la dije, yo ignoraba que tuviese V. amante, pues no se lo he preguntado á nadie ni nadie ha venido á decírmelo, y, aunque me hubiese cabido la certeza de que V. lo tenía, era V. mujer y como tal digna de respeto.

—¡Ea! replicó mi vecina tendiéndome la mano; es usted hombre de prendas y vamos á ser amigos.

—Por mi parte, devotísimo, señora.

—Ahora hablemos formalmente.

—Formal es cuanto acabo de decir, observé, resuelto como estaba á no dejarme coger en un renuncio.

- Bien, bien, replicó Agustina sonriendo, quedamos en que realmente es así, y vamos á otra cosa. Me han dicho que V. salía para un viaje: ¿es cierto?
- Lo es.
- Y ¿cuándo se pone V. en camino?
- Dentro de seis días.
- ¿Habla V. de veras?
- Formalmente.
- Y ¿no existe nadie con poder bastante para obligarle á que se quede V.? me preguntó mi vecina mirándome al soslayo.
- Usted.
- No hablemos en vano.
- Nunca miento; dígame V. que me quede, y no me muevo.
- Bien, pero ¿de qué modo hay que decírselo á V.?
- Lo más bien que V. pueda.
- Es que precisamente no se lo diría á V. así.
- Entonces, ordénemelo V.
- No me cabe derecho á ello.
- Tómesele V.
- ¿Cómo?
- Como lo ha tomado V. sobre...
- ¿Sobre quién? me preguntó Agustina mirándome de hito en hito.
- Sobre otros, respondí con indiferencia.
- Sobre otro, querrá V. decir, replicó mi vecina en el mismo tono de que te he hablado hace poco. Pero dígame: ¿V. cree que yo he entrado con el intento de ser su amante? En este caso, es V. un fatuo.
- Ni por un minuto he creído semejante, balbuceé, algo intimidado por las réplicas claras y terminantes de aquella mujer.
- Hace poco le he dicho á V. que íbamos á ser amigos; si me hubiese gustado V. de distinto modo, le hubiera propuesto ser mi amante. Así, pues, anudemos la conversación en el punto en que la hemos dejado. Conque ¿sale V. de viaje?

- Sí, señora.
- Y ¿nada le retiene á V.?
- Absolutamente nada.
- ¡Es singular! hubiera dicho que V. amaba á alguna persona.
- Á nadie.
- ¡Ahi
- Este ¡Ah! quería decir claramente:
- ¿Cómo casa V., pues, esta respuesta con la carta que he encontrado?
- Por desgracia yo estaba firmemente decidido á no hablar el primero de semejante incidente.
- Es cierto, continuó Agustina; V. no recibe á persona alguna.
- ¿Quién se lo ha dicho á V.?
- El tío Juan.
- ¿Luego se lo ha preguntado V.?
- Sí, señor.
- ¿Habrá indiscreción en preguntar á V. qué interés la guiaba en ello?
- Es por demás sencillo; como V. no iba á mi casa y yo tenía deseos de venir á la de V., quería asegurarme de antemano de que mi presencia aquí no le molestaría ni le contrariaría á quienquiera que fuese. ¡Puede ser tan mal interpretada una visita!
- Tiene V. razón; no podía haber sido V. más indiscretamente discreta.
- La discreción es mi primera virtud.
- ¡Oh!
- ¿Dice V.?
- Digo: ¡oh!
- ¿Qué significa esta exclamación?
- Significa que es V. una notable excepción, porque la discreción no es la virtud primordial de las mujeres.
- Es la única que poseo.
- ¿Y no ha pecado V. nunca contra ella?
- ¡Nunca!

- ¿De veras?
- ¿Quiere V. una prueba de ello?
- Diga V.
- Pues cuando la otra noche encendió V. un papel en la llama de mi bujía se le cayó una carta.
- Es cierto.
- Yo la vi caer.
- ¿Por qué no me advirtió V.?
- Pude haberlo hecho, respondió Agustina mordiendo los labios, pero no se me ocurrió en aquel entonces; además, sin lucha no hay virtud.
- ¿Así, pues, hubo lucha?
- La hubo; por un instante sentí comeción de leerla.
- Pues en el instante ese pecó V.
- Puede, pero á lo menos no llegué á la ejecución. Cuando V. hubo entrado en su casa, yo salí otra vez á la escalera y recogí la carta, que saqué del sobre luego que en el sobrescrito conocí que era de una mujer.
- ¡Dianche! exclamé.
- Pero al punto volví á meterla en el sobre, sin leerla, se lo juro.
- ¿Lo jura V.?
- Que sí, digo.
- ¿Apostaría V. algo?
- Tal vez, respondió Agustina riéndose; pero como deseaba conocer á V., lo único que hice fué sellarla de nuevo; luego la eché por debajo de la puerta, esperando que V., al conocer, por el sello, á quien debía la restitución, siquiera por galantería vendría á darme las gracias.
- ¿Cómo quería que yo conociese el significado de la inicial del sello si no sabía cómo se llamaba usted? ¿No podía haberme restituido la carta otro vecino de la escalera?
- No está del todo destituido de fundamento lo que me dice; pero, en una palabra, he sabido que usted salía de viaje un día de éstos y he determinado ro-

- garle en nombre de aquella que le escribió la carta, que no se moviese de París.
- Toda vez que parto, prueba que ella no tiene el poder de detenerme; cierto es que en este caso su protegida de V. necesita de una auxiliar y no podría hallar otra más hechicera. Conque ¿V. desea que me quede?
- Sí.
- ¿Por qué?
- Porque él también sale de viaje.
- ¿Quién es él?
- Federico.
- ¡Ah! ya; pero entonces es más natural que usted emplee su influjo en retenerle á él.
- Es que, por desgracia, hace dos años que, si tengo el derecho de pedir, no me cabe el de lograr.
- ¡Qué poco agradecido!
- Soy insuficiente: ahí todo.
- Pero ¿qué ventajas voy á reportar con quedarme?
- Ante todo, la de no partir; pues ya sabe V. que de un viaje, sobre todo cuando se emprende solo, siempre nos arrepentimos al primer relevo. Si seguimos adelante, es por amor propio, y si cuando regresamos decimos que nos hemos divertido, no es porque sea verdad, sino por obstinación. Demás, si V. sale de París, voy á aburrirme soberanamente, pues no conozco á nadie; en tanto que, si V. no se mueve, nos visitaremos mutuamente y pasaremos juntos las más agradables veladas.
- ¿Hasta qué hora?
- Hasta que clarce, si á V. se le antoja.
- ¿Así, pues, no tiene V. amigos?
- No; él no quiere.
- ¿Y si él sabe que nos frecuentamos?
- No lo sabrá, porque ¿quién irá á decírselo? Federico está ausente, V. es mi vecino, y sin que nadie pueda darse cata entramos uno en casa del otro. El me ha prohibido que reciba á quienquiera que sea,

y le aborrezco: á nadie recibo, vengo á casa de usted.

—Pero ¿y si la facilidad de ver á V. me hiciese nacer otros pensamientos? objeté yo en tono que explicaba claramente el significado de mis palabras.

—No se le acudirán.

—¿Y si acuden?

—Los desechará V.

—¿Y si no lo consigo?

—Triunfará V. de ellos como yo de la indiscreción.

—Pero, señora, ¿y si no triunfo?

—Entonces le cerraré la puerta y sólo nos veremos como nos veíamos antes.

—¿Y cuando regrese Federico?

—Cesará V. de visitarme.

—Parto.

—Parta V., dijo Agustina; pero, ausentes los dos, va á devorarme el tedio.

—Vamos á ver, repuse; hace una hora que la estoy escuchando, y el diablo cargue conmigo si la entiendo. ¿Es V. mujer? responda.

—Claro que lo soy.

—¿Cómo quiere, pues, que frecuente su trato sin que me asalte el deseo de ser su amante?

—Pues bien frecuentaré yo el de V. sin apeteer convertirme en su querida.

—¡Vaya una razón! V. tiene un amante y yo estoy solo.

—Así, parta V., replicó Agustina levantándose; pero hasta entonces vaya á verme.

—¿Cuándo emprende el viaje él?

—Ayer salió.

—¿A qué hora está V. en casa?

—A la que V. quiera... ¿Es V. muy divertido, verdad? preguntó Agustina.

—Cuando no me niegan lo que pido.

—Bien, sí, pero ¿y cuando nada pide?

—Lo soy.

—Por eso; casi todos los días oía como cantaban

y reían en casa de V., y desde entonces había contado con V. para distraerme. Adiós; le juro que siento en el alma su partida.

Y mientras decía esto, Agustina tomó su figurita de Sajonia y la miró con atención.

Yo iba á insistir todavía para que aceptase mi galanteo, pues verdaderamente aquella mujer asumía algo extraordinario; pero fuese que hubiese adivinado mi intento, ó que en realidad tuviese la imaginación tan voluble como aparentaba, me dijo, refiriéndose á la figurita:

—Es un Sajonia antiguo, ¿no es eso?

—Lo es, la respondí.

—De veras es precioso. Le doy á V. mil gracias. Adiós, vecino.

—¿Cuándo nos veremos de nuevo? le pregunté estrechándola la mano.

—Cuando se me ocurra verle llamaré á su puerta; si está V. en casa, abrirá, y, de no, me volveré á la mía á trabajar.

—¡Ah! ¿V. trabaja?

—Sí, me respondió Agustina, y aun antes estaba empleada en una tienda; por esto me recogía todas las noches á la misma hora; pero Federico no quiere que vuelva.

—Pues quedamos así.

—¡Ea! dijo mi vecina acercando la frente á mis labios; déme V. un beso y seamos buenos amigos.

Beséla, ella abrió la puerta, miró si alguno subía, y se metió corriendo en su casa.

II

—¡Vaya una mujer singular! dije entre mí mientras la saludaba con la mano.

Una vez á solas, por un momento entuve indeciso entre si me iba ó no me iba para ver hasta dónde podría llevar el lance; pero luego acudióseme que, por muy original que Agustina fuese, ésta no conseguiría borrar de mi recuerdo á la señora de Harnebey, y que, después de todo, podía no ser sino una coqueta que quería divertirse conmigo, ó una amante ociosa que deseaba distraerse. Así, pues, muy juiciosamente me observé á mí mismo que semejante mujer no valía la pena de que renunciase al viaje que tanto tiempo hacía tenía intención de efectuar, y me fuí á tomar asiento para Chalons; aconteciendo que se me presentó oportunidad de poner en inmediata ejecución mi deseo, pues pude quedarme con un asiento de cupé que para el subsiguiente día quedaba libre.

Como no contaba sino con el tiempo estrictamente necesario para hacer mis preparativos, me fui á comer apresuradamente para volverme á casa á las siete.

Una hora después llamaron. Era Agustina.

—¿Qué tal? me preguntó ésta al entrar.

—Parto el jueves.

Esto sucedía en martes.

—Conque ¿definitivamente emprende V. el viaje?

—Irremisiblemente. Ahí mi billete de las Mensajerías.

Agustina lo tomó, leyólo y me lo devolvió, diciéndome con voz triste:

—Diviértase V. mucho.

Yo no acababa de dar crédito á mis ojos. Si en aquel instante mi vecina me dice que me quede, sin prometerme nada ni darme esperanza alguna, me quedo. Pero no me lo dijo.

—¿Hace V. sus maletas? me preguntó.

—Ya lo está V. viendo.

—¿Quiere V. que le ayude?

—¡No faltaría más!

—Deje que le arregle la ropa blanca; ¡qué saben los hombres de hacer una maleta!

—Yo preparo mis maletas con dos días de anticipación, ya para que no me falte tiempo, como para que nada se me olvide.

Agustina se encaminó á mi cómoda y abrió uno de los cajones, precisamente el en donde estaban las cartas de la señora de Harnebey.

—Nada tema, me dijo aquélla al notar un movimiento mío y conocer la letra de las cartas; para mí son tan sagradas como la que encontré.

—¡Qué locura! ¿por qué me dice V. esto? repuse tomándole la cabeza con las manos y besándola en la frente.

—Y ¿por qué se marcha V.? me respondió Agustina correspondiendo á mi cariño y con voz triste que le daba indecible hechizo.

En esto abrió aquélla otro cajón para sacar de él alguna ropa blanca, y al bajar la cabeza, que la llevaba libre, vi profusión de cabellos enroscados con elegancia, el contorno de una robusta cadera, un cuello correcto, y aquellos dos piecitos de marras que, prisioneros en dos zapatillas de berrecillo dorado, parecían todavía más diminutos; pero, firme en mi propósito, desvié los ojos.

—¡Cuánto nos habríamos divertido! dijo Agustina dando un suspiro; mas ¿qué remedio cabe?

Y luego añadió, mientras trasladaba las camisas de la cómoda á la maleta:

—Pero ¿por qué parte V. dentro de dos días cuando no debía efectuarlo sino transcurridos seis?

—V. se tiene la culpa.

—¿Cómo que yo me tengo la culpa!

—Sí; en esos seis días me habría enamorado de usted y no hubiera emprendido el viaje. ¡Ea! ¿definitivamente quiere V. que no parta?

—¿Sin modificar las condiciones?

—Sin.

—Ya sabe V. que es imposible; así, pues, no se hable más de ello, ó me vuelvo á casa.

Agustina permaneció en mi habitación hasta media noche, hora en que se retiró después de prometerme que volvería al día siguiente, como efectivamente lo hizo, aprovechándome yo de la ocasión para entablar la conversación en el mismo terreno que la víspera, aunque con idéntico resultado; y al decir idéntico resultado no me expreso con exactitud por lo que á mí se refiere, porque á fe de quien soy me iba enamorando de aquella mujer, si bien supongo que mi amor habría hallado su fin en la satisfacción del deseo. Como quiera que sea, ínterin la descaba frenéticamente.

Sin embargo, me asaltó la sospecha de si se estaba burlando de mí, por lo que quise sacar el agua limpia.

—Escuche V., la dije; esta tarde como en casa de mi madre; de consiguiente me recogeré tarde; y como mañana voy á ponerme en camino muy temprano y no quiero partir sin verla á V., dejaré la llave en la puerta, por si me duermo al lado del fuego, á fin de que pueda V. entrar cuando guste. ¡Ah! si me halla usted dormido, despiérteme.

—No se incomode V., me contestó; puede meterse en cama; ya sé qué es un hombre entre sábanas.

—Hasta la noche, pues.

—Hasta ella.

A las once me recogí, me acosté y entreguéme al sueño, hasta que, pareciéndome oír ruido, me des-

parté y vi á Agustina sentada en una silla de brazos, removiendo el fuego con una mano y sosteniendo un libro en la otra.

En aquel instante sonó la una.

—¿Hace mucho que está V. ahí? la pregunté.

—Desde media noche, me respondió.

—¿Y en qué distraía V. el rato?

—Estaba leyendo.

—¿Por qué no me ha despertado V.?

—Dormía V. tan á gusto que he creído necesitaba de reposo; además, con tal de no encontrarme sola, me basta; me hubiera pasado la noche así.

—Venga V. á sentarse en mi cama, la dije.

Agustina dejó el libro y vino á sentarse á mi lado. Era una impertinencia sin ejemplo, ó una confianza inaudita.

Excuso decirte que empezaba á sentirme conmovido.

—Dígame, Agustina, le pregunté asiéndola las manos; ¿quiere V. de veras á Federico?

—Sí, me respondió, pero no con fuego.

—¿Y no quiere V. dejarle?

—No.

—¿Ni serle infiel?

—Tampoco.

—Sin embargo, V. no siente por él un amor arraigado.

—Pero sí un amor franco, me contestó mi vecina; le he prometido serle fiel y lo soy.

—¿Y si V. amase á otro? continué, mientras con la mano la rodeaba el talle y la atraía suavemente hacia mí.

—A nadie amo, me respondió, ensayando, aunque sin afectación, desprenderse de mi brazo.

—¿La lastimo á V.? la pregunté.

—No, me respondió, pero prefiero ir á sentarme.

En el esfuerzo que Agustina hizo para separarse de mí, sentí una morbidez de caderas que me dió calofríos, y la retuve diciéndola:

—¿Por qué quiere V. ir á sentarse? ¿le doy miedo acaso?

—No, pero le estoy incomodando á V.

—Lo más mínimo.

Y al decir esto la rodeé con la mano derecha; pero en lugar de pasarla por encima de su bata lo hice por debajo.

Entonces Agustina se levantó con tal rapidez, que se me escapó, pero sin proferir palabra; luego se fué á mirar al espejo para abrocharse la bata, que se había desabrochado al esfuerzo que aquélla hiciera, y encendiendo de nuevo su bujía me dijo con la mayor frialdad:

—Adiós.

—¡Eal la dije tendiendo la mano; ya está V. enojada conmigo.

—Sí lo estoy, me respondió pálida y oprimida; sí lo estoy, porque se ha creído V. que le iba á conceder por la fuerza lo que he negado al pesar de verle partir, al pesar real de nuestra separación,—y aquí recalco la palabra;—y como si permaneciese aquí más tiempo, empezaría V. otra vez, me iría con el convencimiento de que es V. un hombre vulgar y no quiero creerle tal. Adiós.

—Déme la mano, la dije; nada tema.

Agustina vaciló, y por fin accedió á mis deseos.

—Esta mujer quizá no tenga corazón, dije entre mí al estrechar la ardiente mano de mi vecina; pero siente.

—¿A qué hora se pone V. en camino? me preguntó ésta.

—A las once.

—Pues á las diez vendré á despedirme de V. Buenas noches.

—Buenas noches. ¿Me perdona?

—Preciso es, ya que se va V.

En esto Agustina se fué, cerrando tras sí todas las puertas.

Eran las cuatro de la madrugada cuando conseguí dormirme.

Al día siguiente y cuando me había ya cubierto la cabeza con mi gorra de viaje, llegó mi vecina, la cual estaba todavía más pálida que la víspera y parecía no haber dormido.

—¿Persiste V. en partir? me preguntó.

—Más que nunca.

—¿Por las mensajerías Laffite?

—Sí.

—¿A las once en punto?

—En punto.

Agustina se sonrió.

—¿De qué se ríe V.? la pregunté.

—De nada; pero debo volverme á casa. ¡Eal un abrazo y feliz viaje. Así. Mas ahora que me acuerdo, ¿cuándo regresará V.?

—¿Quién sabe?

—Pero ¿volverá V. aquí?

—Está claro.

—Adiós.

—Adiós, amiga mía.

A las once me encontraba en el cupé de la diligencia, solo, pues mi madre se había ya despedido de mí, cuando en el instante en que íbamos á partir se acercó al coche un recadero y, entreabriendo la portezuela me preguntó:

—¿Es V. D. Manuel de...?

—El mismo, le respondí.

—Esta carta es para V., dijo el recadero, tendiéndome un pliego y dando un salto de lado para no quedar hecho tortilla entre un guardacantón y las ruedas.

Abrí el billete, que no contenía más que estas palabras:

«Mi querido vecino: Tráigame unos rosarios de Roma, en pago de lo que por V. he pecado.

»AGUSTINA.»